

patata en el siglo XIX en todas partes, el viñedo y el olivar en Pistoia, la morera en Cévennes; la introducción por ferrocarril de los correctores básicos en Limusin permitieron el cultivo de cereales y la difusión de la pradera. Cualquiera que sea la forma, la tendencia es convertir los sotos de castaños emplazados en las mejores zonas en tierras de labor.

Pero el factor más importante en la desaparición del castaño a lo largo del siglo XIX fue la coincidencia de factores bien heterogéneos como la expansión de las enfermedades de la tinta y el chancro y las necesidades crecientes de tanino por las industrias. A partir de los años veinte del siglo XIX los sederos de Lyon utilizaron el tanino procedente del castaño para obtener tinte de color negro, luego se descubrió que también tenía propiedades curtientes. En 1860 se presentó una patente de obtención de tanino y en 1914 ya había 37 fábricas en Francia y otras tantas en Italia, localizadas precisamente en las zonas plantadas de castaños. La corta de los árboles suponía un ingreso equivalente a la cosecha de un año, una corta capitalización, pero era la única forma de rentabilizar los árboles enfermos. Además la venta suponía la obtención de dinero fresco, que el campesino invirtió en la mejora de la casa y de la explotación, y la tierra libre se dedicó a otros cultivos. En realidad se produjo una situación similar a la del viñedo afectado por la filoxera: desaparecieron los castañares de las zonas marginales y se mejoró la calidad con variedades de mayor rendimiento y resistencia de los mejor emplazados.

Esta práctica que beneficiaba a campesinos e industriales chocaba con la política que el Estado pretendía aplicar. Desde el siglo XVIII administradores y agrónomos estaban en contra del castaño, árbol inmoral porque da fruto sin exigir trabajo a cambio, aunque por necesidad se sigue plantando. En el siglo XIX y XX la situación se modificó. Administraciones, forestales, escritores regionalistas tratan de impedir su abandono mientras los árboles interesan cada vez menos a los campesinos. En conjunto la política del castañar está inadaptada a las realidades locales: cuando era indispensable para la supervivencia de los corsos, Luis XV prohibió las plantaciones; cuando ya no es necesario, la madera interesa a los industriales y los árboles están enfermos, el prefecto impide las cortas.

Si las primera medidas para impedir la desaparición del castañar se tomaron en Suiza, Italia y Francia en el siglo XVIII, sólo a finales del siglo XIX el castaño deja de ser considerado como árbol frutal para pasar a ser "parte de la riqueza forestal" y, en consecuencia, los estados adoptaron medidas generales sobre las cortas y la lucha contra las enfermedades (de ámbito nacional contra la tinta e internacional contra el chancro), en la que desempeñan un papel importante las variedades procedentes del Japón, en donde se ha desarrollado una verdadera civilización del castaño en algunas regiones (Kanto y litoral interior) desde la época Meiji.

A pesar de que a partir de 1950 las enfermedades retroceden espontáneamente, el castaño se abandona progresivamente como especie cultivada. Según los casos, los sotos más bajos y de menor pendiente se transforman, hoy como ayer, en praderías, tierras de labor o en viñas; se sustituyen por resinosas o se abandonan. El pino marítimo en Galicia y Portugal, ; las quercíneas en Córcega, los alisos en Campania, los pinos silvestres en Ardèche se difunden a expensas del castañar.

En la actualidad, si bien se consume la castaña regularmente en algunas casas de Cévennes, Córcega, Calabria o Tras-os-Montes, en general, ha pasado a ser una golosina y un producto de lujo. Mientras siguen desapareciendo los castañares marginales, su cultivo se ha hecho rentable gracias a la selección de variedades, a la elaboración de recetas y al apoyo de los sindicatos de producción y del Estado. La mayor parte de la producción se consume fresca, el resto se transforma en "marron glacée" y en confituras. A pesar de los esfuerzos de los cultivadores que quedan en Francia, éste país tiene que importar de Italia y España, mientras Italia ha conseguido satisfacer la demanda interna y exportar a todo el mundo, siendo el principal productor de "marrons".

El castaño, árbol muy rústico, se difundió por los suelos más pobres del sur de Europa occidental, llegando a ser el único cultivo en algunas regiones y el alimento de las clases más desfavorecidas, se ha convertido en golosina y confitura de lujo que permite mantener plantaciones saneadas fitológica y económicamente.— TOMAS CORTIZO.

## RESEÑAS

SORZABAL ESNAOLA, Koldo: *Pastores euskaldunes en América. La cuenca del Bidasoa, auténtico semillero de pastores*. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco, Vitoria, 1992, 261 págs.

La emigración hacia América ha tenido, en ocasiones, rasgos muy particulares. Desde el valle del Bidasoa (principalmente de la zona de Cinco Villas), del Baztán y desde el territorio francés próximo a la frontera ha partido una corriente migratoria, exclusivamente masculina y con edades más comunes comprendidas entre los 16 y 30 años, hacia los estados del Oeste americano, donde los hombres trabajaban como pastores ovejas. Hay una cierta especialización según los lugares de origen: mayoría de navarros en Wyoming, Colorado y Ne-

vada; de vizcainos en Idaho y de franceses en California; y a partes iguales en Arizona. Da idea de la importancia de esta emigración, no cuantificada por el autor, las 170.000 personas de origen vasco que había en los años setenta en el estado de Idaho.

Del texto se deduce que esta emigración ha tenido dos oleadas importantes; una pionera, en la segunda década del siglo, y otra entre el final de la II Guerra Mundial y los años setenta. Durante mucho tiempo el pastor emigraba por su cuenta atendiendo la llamada de un familiar, de un vecino o de un rancho de origen vasco. Pero desde 1959, el emigrante partía con un contrato por tres años firmado a través de la Western Range Association. El emigrante recibía por adelantado el importe del viaje, conocía el rancho de destino y se sometía a cláusulas económicas y sociales.

Finalizado el contrato, unos se quedaron con desigual fortuna (pastores, rancheros, mineros, obispos) y agrupados en torno a Clubs Vascos y otros volvieron a su tierra natal para trabajar en los talleres y fábricas del valle de Bidasoa.— T.C.

*La imagen del mundo. 500 años de cartografía.* Fundación Santillana. Madrid, 1992, 118 págs.

La exposición de cartografía celebrada en Santillana del Mar ha propiciado la edición de este libro, en el que se traza una esquemática semblanza de la historia de la cartografía, apenas estudiada en nuestro país, desde los portulanos hasta la imagen de satélite.

Desde comienzos del siglo XIV los navegantes disponían de portulanos que abarcaban la cuenca del Mediterráneo; estos mapas carecían de proyección, de coordenadas y estaban orientados sobre el norte magnético. Entre los siglos XIV y XVI la escuela mallorquina será la más avanzada, pero el descubrimiento de América desplazó el centro cartográfico hacia Sevilla y los cartógrafos mallorquines se dispersaron por el Mediterráneo (Marsella, Nápoles,...).

La Casa de Contratación recogía en el padrón real las novedades que traían los pilotos y sus mapas, renovados periódicamente, sólo estaban disponibles para los cosmógrafos oficiales. Mientras en España y Portugal los mapas se realizaban a mano para guardar en secreto los nuevos descubrimientos, en Alemania, en el norte de Italia y después en Flandes, la imprenta permitió la difusión de mapas y atlas como el de A. Ortelio (1570), el de Mercator (1595) y el de Braun-Hogenberg (1572-1678).

Durante los siglos XVII y XVIII la cartografía se benefició del perfeccionamiento de la instrumentación (teodolito, cronómetro, barómetro, ...), de la geodesia (sentando las bases para el cálculo del elipsoide terrestre) y de los sistemas de proyección (Bonne, Mollweide, Mercator, Lambert) para cons-

truir mapas que diesen cuenta de las tierras que se iban descubriendo y de los territorios nacionales respectivos. J. Cassini en Francia y T. López en España son dos ejemplos de cartografía sistemática cuya culminación en España será el Mapa Topográfico Nacional y el Instituto Geográfico y Estadístico (1870).— T.C.

NUÑEZ CASTAIN, José BONETA, Rosa y FERRETTI, Licinio: *Sevilla forma urbis. La forma del conjunto histórico a escala 1:1000 en el fotoplano y en el mapa.* Marsilio, Venecia, 1992, 43 págs. + 103 mapas.

La celebración de la EXPO 92 y la ejecución de un programa de revalorización del casco antiguo sevillano han servido de pretexto para realizar un proyecto de información gráfica que ha culminado en la publicación de este libro, peculiar “atlas”, en el que las imágenes (mapas y fotoplanos) constituyen la parte fundamental. Por su parte, la existencia de un acuerdo científico-técnico entre España e Italia y la experiencia de la editorial en obras de este tipo (*Atlante di Venezia*, 1989; y *Atlante di Roma*, 1991) explican que, con excepción del vuelo, toda la labor se haya realizado en Italia.

El texto de J. Núñez es una apretada síntesis de la evolución histórica de la ciudad (fundación, expansión y renovación) que culmina en un esbozo de la necesaria intervención pública en la rehabilitación del caserío y de los usos del casco histórico actual. Simultáneamente hace una semblanza de las representaciones gráficas, perspectivas y planos, más significativas de la ciudad (Hoefnagel, Coelho, Guesdon, pero no Wyngaerde).

R. Bonetta y L. Ferretti dan un repaso al fotoplano como técnica de representación cartográfica y como medio que resulta de utilidad tanto para el visitante y el vecino como para el gestor y planificador. El fotoplano da una visión fotográfica del conjunto edificado más sugerente que el mapa y más acorde con los nuevos planteamientos en la planificación que ven la ciudad antigua como un “tejido histórico”, un todo indivisible frente a la idea anterior de singularidad monumental.

Efectivamente, el fotoplano proporciona una imagen insólita de la ciudad por el punto de vista desde el que está hecho, por el fiel colorido y por el reconocimiento inmediato de las formas; y tan precisa como el plano como resultado de la gran escala a que está publicado (1:1000), y del tratamiento de ampliación y rectificación de la fotografía aérea cenital. El tráfico; los espacios verdes; las discontinuidades en las edificaciones, aunque no las alturas; la extraordinaria diversidad de elementos en la cubierta; el empaquetamiento asfixiante de los edificios en cada manzana; la desproporción entre espacios construidos y el viario, entre otros, quedan pa-

tentes para el lector de cualquier condición sin necesidad de explicaciones mediadoras.

Pero, como fotografía de un objeto de características especiales por la cantidad y complejidad de la información que contiene, el fotoplano requiere una interpretación; una sistematización y abstracción de los datos que rebasa la simple transcripción de lo obvio. Este tratamiento, sin duda, corresponde al mapa, a "la cartografía tradicional de trazos", con independencia de la técnica con que ésta se haya levantado (fotogrametría, mediciones sobre el terreno o ambas), que es una cuestión banal desde el punto de vista del contenido y del uso. El mapa, o el plano en este caso, supone un salto cualitativo respecto al documento que sirve de base para su confección, no es sólo una traslación de los elementos visibles, sino que también incorpora aquellos que no son inmediatamente deducibles de la imagen.

En el libro que comentamos era de esperar que esta función estuviese desempeñada por el plano que acompaña a cada fotoplano. Pero, tal como ha sido realizada es, a mi juicio, una planimetría útil en muy pocos aspectos: el callejero, las cotas de altitud y la distinción entre lo edificado y lo no edificado. Todos ellos son elementos deducibles del fotoplano, con excepción de la toponimia y las alturas, por tanto de escasa relevancia, aún considerado el mapa en sí mismo. El conjunto de líneas en el interior de cada manzana suponen una redundancia respecto a lo que se ve en la foto y, en cambio, falta una información de extraordinario interés para la planificación y el estudio de la ciudad, como es el límite de la parcela y las diferentes alturas de lo edificado, disponibles en otras bases cartográficas. La consecuencia es que la calidad de la imagen no tiene correlato en el documento cartográfico.— T.C.

GIL OLCINA (A). y MORALES GIL (A.), editores: *Medio siglo de cambios agrarios en España*. Instituto de Cultura "Juan Gil-Albert", Alicante, 1993. 884 pp.

En mayo de 1991, y organizado por el Instituto de Geografía de la Universidad de Alicante, se celebró en esa ciudad un encuentro sobre el tema que

constituye el título de la obra que comentamos. Intervinieron en él 36 colegas invitados al efecto, cuyas aportaciones se recogen ahora.

El resultado es un conjunto de trabajos en los que, a diferentes escalas, se analizan desde las políticas y los fenómenos generales a, en otros casos, las transformaciones regionales y comarcales. Como es lógico, no se cubre la totalidad del territorio español, pero la muestra que se nos ofrece es ampliamente representativa. A la vez, las desigualdades internas no son demasiado llamativas, y la relativa debilidad de un cortísimo número de textos queda de sobra compensada por el interés y el rigor de la gran mayoría.

En conjunto, dentro del género, este libro resulta una de las obras geográficas colectivas de mayor interés, y utilidad entre las publicadas en España en los últimos años.— F.Q.L.

JORDANA Y MORERA, José: *Algunas voces forestales y otras que guardan relación con las mismas*. ICONA, Madrid, 1992, 30, IX, 319 pp.

Casi un siglo después de su publicación, este Vocabulario, obra de uno de nuestros más notables forestalistas del siglo XIX, vuelve a ver la luz. Se recupera así una obra espléndida, cuya rareza la había convertido en poco menos que desconocida, y que contribuirá, sin duda, a enriquecer el lenguaje de quienes en nuestros días hacen de la Naturaleza el objeto de su estudio o de su interés. Trabajo de plena madurez, y obra terminal de una larga vida científica, el Vocabulario de Jordana sintetiza no sólo la vastedad de sus conocimientos forestales y naturalistas, sino también la amplitud de su cultura.

A ese valor que la edición facsimilar tiene de por sí, se añade el del estudio que le precede (*José Jordana y Morera (1836-1906) y el vocabulario forestal*), en el que Josefina Gómez Mendoza examina y contextualiza la obra científica de Jordana con el rigor que se deriva de su profundo conocimiento de estos temas.

Naturalistas en general, y geógrafos en particular, podrán aprender no poco, y disfrutar al tiempo, con la lectura y el uso de este clásico olvidado.— F.Q.L.